

Liberto de
la

DELLA
GALLERIA



Paulo Bittencourt

Liberto de la Religión

El Inestimable Placer de
Ser Un Librepiensador

Paulo Bittencourt

Formateado para smartphones

Diseño de la tapa: Paulo Bitencourt.

© Todos los derechos reservados. Sin permiso del autor, ninguna porción de este libro puede ser reproducida de manera alguna.

Salvo cuando se refieren a una persona en particular, todos los términos específicos de género deben ser considerados como refiriéndose tanto a la forma femenina como a la masculina.



Universo, Complejo de Supercúmulos Piscis-Cetus, Supercúmulo de Laniakea, Supercúmulo de Virgo, Grupo Local, Vía Láctea, Brazo de Orión, Onda de Radcliffe, Burbuja Local, Nube Interestelar Local, Sistema Solar, Tierra

LIBRE PENSAMIENTO



Si el caro lector encuentra que algunos de mis pensamientos están formulados de una manera un tanto inusual, espero que me perdone y, aun así, aprecie mi esfuerzo para escribir en español a pesar de no ser mi lengua materna.

Desafío

Si usted es uno de aquellos cristianos que leen la Biblia, imagino que sea evangélico, y si es evangélico considero un milagro que esté leyendo este libro. Sin ofender, pero evangélicos no leen cosa alguna que no haya sido publicada por una editora cristiana, mucho menos libros que estimulan el pensamiento crítico. Sé de lo que estoy hablando, pues también fui evangélico y mi familia entera lo es. Dicho eso, es probable que este libro haya llegado a sus manos por indicación, y aún más probable que ya los primeros párrafos del primer capítulo le hagan parar de leer.

La razón por que creyentes devotos, sobre todo evangélicos, nada leen que induzca al libre pensar es muy simple: miedo de perder la fe. Ahora bien, si usted tiene miedo de perder su fe, ella no es firme, y si ella no es firme, usted, además de estar siendo engañado, está engañando a sí mismo. Por otro lado, si su fe es firme, ¿cómo puede usted de ello estar seguro, si no la pone a prueba?

Le desafío, por tanto, a leer este libro hasta al fin, así probando a sí mismo que usted no pertenece al gigantesco grupo de creyentes que tienen miedo de perder la fe. Si *Liberto de la Religión* no le hace dudar de ni una única de las cosas en que usted cree, usted podrá decir que su fe realmente es inquebrantable.

Paulo Bitten ¿quién?

Nací en Paraná, Brasil, en 1966, pero pasé la infancia en la ciudad de Río de Janeiro, en una época en que brasileños todavía decían que Dios era brasileño. Mi madre me llevó a mí y a mis tres hermanos a la iglesia evangélica a que el padre de ella la había llevado a ella y a los ocho hermanos y hermanas de ella y mis tres hermanos los habían llevado a los hijos e hijas de ellos. Cuando me convertí en adulto, mi padre, que era católico, se convirtió a la iglesia evangélica a que el padre de mi madre la había llevado a ella y a los ocho hermanos y hermanas de ella y ella me había llevado a mí y a mis tres hermanos y mis tres hermanos los habían llevado a los hijos e hijas de ellos.

Yo no lo llevé a mi hijo a iglesia alguna.

No soy un cualquiera. Después de todo, tengo el mismo nombre de familia que el desgredado compositor de “ta, ta, ta, taaaaa...”. Bittencourt es la versión francesa del apellido holandés Beethoven, de nobilísimo significado: huerto de beterragas.

Yo soñaba con ser dibujante de historietas y dibujos animados, pero una voz en mi cabeza me mandó hacer Facultad de Teología y trabajar para un superhombre invisible y enojado. En vez de hacer de mí un hombre de Dios, estudiar Teología me hizo tener dudas. Al final del quinto semestre, abandoné los estudios y me mudé a Europa. No fui tragado por una ballena solo porque fui en avión. Tras corta estada en varios países, en 1990 me radiqué en la ciudad austriaca en que Ludwig van Huerto de Beterragas dio de comer a los gusanos: Viena, donde me gradué en Canto Lírico.

Soy autor también de los libros (solamente en portugués y inglés) *Perdiendo Tiempo Con Dios: Por Qué Soy Ateo* y (solamente en portugués) *Con Zeus No Se Juega: Locuras de la Creencia en Dios*.

En mi [sitio web](#), usted puede leer más de mis reflexiones sobre religión y Libre Pensamiento.

A mi hijo Evgeny

Que vivas en un mundo cada vez más libre
de supersticiones e irracionalidades.

Sumario

1

Miedo

16

2

Lógica

89

3

Mito

155

4

Diversidad

237

5

Realidad

309

6

Razón

380

Apéndice 1

Desintoxicación

437

Apéndice 2

Libre Pensamiento

453

Prefacio

El tema de mi libro es serio. Muy, muy serio. Tan serio que, si yo viviera antes del siglo XVIII, dependiendo de la época él me llevaría a ser o apedreado o descuartizado o ahogado o ahorcado o quemado. No sin antes ser debidamente torturado, claro. Espere: casi me iba olvidando de que, en una república islámica, incluso hoy mi libro me haría perder la cabeza. Como, desde el siglo XIX, leyes seculares obligan a los cristianos a ser tolerantes, en Occidente lo máximo que puede sucederme es ser forzado a “ver el Sol nacer cuadrado” [ir a la cárcel, en portugués].

¿Amén o no amén?

Imagínese, caro lector, que alguien le cuenta una historia fantástica, diciendo que, si cree en ella, usted será criticado por creer en lo que el mundo considera locura, pero que eso debe hacerle feliz, pues usted estará siendo víctima de persecución, lo que prueba que esa historia es verdad y que usted forma parte de un grupo selecto de privilegiados. Así que cree en esa historia y se siente escogido, usted es advertido de

que, exactamente como aquellos que la consideran locura, sufrirá graves consecuencias, en caso de que de ella dude.

Una manera muy astuta de hacerle bloquear todo pensamiento crítico y rechazar lo que quiera que pueda inducirle a someter esa historia a escrutinio racional, ¿no es así?

Eso, caro lector, se llama religión. En los países en que por siglos esa historia viene siendo pasada de generación en generación como sagrada, está tan profundamente enraizada que forma parte de su tradición y cultura. De este modo, no es de extrañar que, desde la cuna, millones de personas sean enseñadas a verla como verdad universal incontestable, lo que causa condicionamiento de la mente y resulta en un automatismo religioso que impide a la mayoría de ellas parar a preguntarse si esa historia tiene sentido y creer en ella es sensato y necesario.

Paradójicamente, al mismo tiempo en que toman como ofensas las críticas a sus creencias, esos creyentes creen ser natural criticar creencias ajenas. Todos los religiosos rechazan decenas de miles de religiones

como absurdas, por lo que ellos no pierden ni un minuto siquiera de sueño. La diferencia entre creyentes y yo, entonces, es ínfima: rechazo solo una religión más que ellos.

Si el Cristianismo es la creencia que aquí más diseco, eso se debe al simple hecho de yo haber sido cristiano y él no solo ser la mayor religión del mundo, sino también la más seguida por occidentales. No tiene mucho sentido escribir libros sobre las irracionalidades, por ejemplo, del Islam donde esa religión es practicada por una minúscula minoría. En verdad, ni es necesario, pues todas las religiones se resumen en esto: creer en la existencia de cosas de las que no se tiene evidencias. Por cierto, visto que son religiones parientes, un análisis del Cristianismo es casi un análisis del Islam.

Donde no hay reflexión, hay manipulación. Es evidente que religiones usan el miedo como instrumento de dominación, primero para engañar, después para impedir la reflexión y consecuente desconversión de sus adeptos. En efecto, toda ideología que amenaza de castigo a quien la rechaza es perversa y merece ser rechazada.

Quien tiene miedo al Infierno está en el mismo nivel intelectual de quien tiene miedo al Coco.

Uno de los principales objetivos de este libro es mostrar que no hay motivos algunos para seguir religiones y que hay razones de sobra para ser un librepensador.

Paulo Bittencourt

“No hay placer mayor que ser un librepen-
sador.”

— Paulo Bittencourt

Miedo

“Mi madre me dijo, tiempo atrás:

‘Adonde vayas, Dios va detrás.

Dios ve siempre todo lo que haces’.

Tenía tanto miedo de salir de la cama por la noche al baño,

miedo de saber que no estaba allí solo,

porque siempre, siempre, siempre yo estaba con Dios.”

(De la canción *Paranoia*, de Raul Seixas)

GEORGE CARLIN, UN famoso comediante estadounidense, presentó, en 1972, un programa titulado *Las Siete Palabras Que Usted Nunca Puede Decir en la Televisión*.

Como siento que el caro lector está muriendo de curiosidad por saber cuáles son, ahí van: [censurado], [censurado], [censurado], [censurado], [censurado], [censurado] y [censurado]. La broma consistía en que Carlin diseccionaba esas siete palabrotas de tal modo que al final perdían toda obscenidad, transformándose en palabras comunes.

En la mediana ciudad en que nací, había dos cines: el Marajá y el Plaza. Mientras el

Marajá era especializado en kung fu y *spaghetti western*, el más sofisticado Plaza proyectaba, con muchos meses de retraso, los últimos éxitos de Hollywood, pero sin dejar de lado las populares *pornochanchadas* [comedias eróticas brasileñas] de la década de 1970. Chicos en plena explosión hormonal, como yo, se deleitaban con la “obscenidad” de los carteles de esas películas, que en aquella época eran consideradas pornográficas, pero menos de una década más tarde pasaron a ser mostradas en la TV y hoy no escandalizan ni a abuelitas centenarias.

Aunque no de manera uniforme, alrededor del globo la expansión del conocimiento, avance de la Ciencia, aumento general del nivel de instrucción y popularización de la internet tienden a hacer a las personas volverse cada vez menos ingenuas. Mucho de lo que en la generación anterior era reprobable es hoy aceptable o tolerable. A medida que disminuye la ingenuidad, los tabúes pierden la fuerza o desaparecen.

Desde 1826, año en que el profesor Cayetano Ripoll fue ahorcado por el tribunal católico Junta de Fe, en Valencia, España,

nadie más en Occidente necesita temer ser condenado a muerte por blasfemia o herejía. Sin embargo, para mucha gente, divinidades y religiones continúan siendo tabúes sacrosantos y amenazadores. Si tomamos Cristianismo e Islam, tenemos un total de 4,2 mil millones de personas, más de la mitad de la población mundial, que no osan dudar, ni que hablar de cuestionar los dogmas de las dos mayores religiones, aunque sepan que ellos no se basan en evidencias. Mientras que en gran parte del mundo islámico críticas a la religión e descreencia son causas de posible pena de muerte, en el mundo cristiano personas todavía pueden ser presas por públicamente oponerse a convicciones religiosas. Si el caro lector es ateo y está planeando pasar un tiempo en Rusia, cuando esté allá no diga en una charla virtual “Dios no existe”, a menos que esté con ganas de “ver el Sol nacer cuadrado”.

No son pocos los creyentes que demandan la incuestionabilidad del Cristianismo. A pesar de todo esclarecimiento y libertad, en Brasil es común que administradores de canales de YouTube y páginas de Facebook

sean amenazados de muerte o procesados por criticar o parodiar la fe cristiana. Alrededor del mundo, quien declarar no creer en seres invisibles será visto como normal. En Occidente, quien declarar no creer en los seres invisibles de las religiones indígenas, africanas y asiáticas también será visto como normal. Por su parte, en las Américas quien declarar no creer en los seres invisibles de la religión judeocristiana será visto con desconfianza y podrá sufrir hostilidades.

Uno de los principales atributos del dios cristiano es ser santo. Lo que es santo es sagrado; lo que es sagrado, inviolable; lo que es inviolable, incuestionable; lo que es incuestionable, indiscutible. Así, no es de extrañar que en Brasil, un país en que, según el Censo de 2010 del Instituto Brasileño de Geografía y Estadística, apenas el 8% de las personas no tienen religión, el 86,8% son practicantes del Cristianismo y el fundamentalismo cristiano crece de manera vertiginosa, reflexionar críticamente sobre Dios y religión no sea ni común ni aceptable.

La esencia de muchas religiones es la misma: por más simples y desconocidas que sean, predicán la existencia de por lo menos un dios que recompensa a quien lo agrada y castiga a quien lo desagrada. Una característica común a todas es que dioses no están ni un poco interesados en poner fin a las dudas y exacerbadas discusiones sobre su existencia. Si el dios cristiano existe, sería tan fácil para él acabar con la aflicción de los que ansían descubrir el sentido de la vida, con la angustia de aquellos que piensan necesitar tener certeza de que la muerte no es el fin y con la enemistad entre las diferentes religiones y sus sectas, que a lo largo de la Historia mató a millones de personas y aún hoy genera arrogancia, intolerancia, discordia y división: bastaría que se apareciera a la Humanidad. Como dios omnisciente y todopoderoso, sabe como podría hacerlo de modo inequívoco, disipando toda y cualquier duda. ¿Por qué, entonces, no lo hace?

El dios bíblico supuestamente inspiró a algunos hombres de la Edad del Hierro a redactar una cartilla con relatos también de la Edad del Bronce, hizo que algunos de

ellos tuvieran sueños enigmáticos, revelándoles eventos futuros por medio de oscuros simbolismos, y llamó personas para fundar iglesias. Desde entonces, se queda observando sus criaturas debatirse con la interpretación de sus inspiraciones literarias, curioso por ver quién de ellas las descifran correctamente y cuántas las aceptan sin cuestionar. Se dice por ahí que todo lo que es bueno necesita ser alcanzado a través de arduo esfuerzo. Siendo así, es como si Dios sintiera placer en poner a prueba la capacidad del hombre de creer, ejecutar y esperar. Solo quien pasa esa prueba califica para recibir el premio: vivir en una mansión de oro por infinitos centillones de años.

Mayor figura del Cristianismo, el apóstol Pablo compara la fe en Dios con una lucha, pero principalmente con una carrera. Para mí, y creo que para mucha gente, una comparación nada motivadora. En la enseñanza media, tuvimos un pésimo profesor de Educación Física. En vez de enseñar diferentes modalidades deportivas, ponía a la clase a correr bajo un sol abrasador, razón por que lo apodamos profesor de pista. En las pruebas bimestrales, nos daba un punto

por cada vuelta alrededor del campo de fútbol. Como odiábamos correr, la mayoría de nosotros daba solo cinco vueltas, lo suficiente para pasar. Si el Paraíso es alcanzable solo por medio de carrera y lucha, a quien no le gusta ni correr ni luchar está perdido.

Religiosos ven la vida como una prueba administrada por Dios. Sin embargo, la concepción de que él nos prueba es una incoherencia. Primero porque no se trata de una prueba cualquiera, como las escolares, en que el alumno, si reprobado, tiene la oportunidad de repetir. La prueba divina dura una vida entera y su objetivo no es calificar a una persona para la vida profesional, sino determinar dónde pasará la eternidad: tocando arpa y entonando alabanzas en altas y brillantes nubes o siendo frito y gritando de dolor en las profundidades tenebrosas del Tártaro. Y segundo porque los seres humanos no son iguales en una serie de aspectos, como intelecto, condición de salud, estrato socioeconómico, educación, inclinaciones y oportunidades. Luego, dadas las terribles consecuencias de una reprobación, si la vida fuera una prueba divi-

na ella no sería justa. Al mismo tiempo carrera y prueba, la vida de algunos tiene más obstáculos y es más dura que la de otros.

Tampoco es igual en todas las personas la predisposición para creer en la existencia de dioses y seguir religiones. Algunas tienen gran facilidad para creer, así como someterse a autoridades eclesiásticas. Por su parte, las de espíritu más libre, que a los creyentes les gusta clasificar como rebeldes, son menos o nada inclinadas a la religiosidad. Semejantemente, la propensión a hacer el bien y practicar el mal no es igual en todo el mundo. Por otro lado, si fuéramos iguales el resultado de la prueba de todas las personas sería igual, luego sin sentido, lo que él, de hecho, es, pues Dios, siendo omnisciente, conoce el futuro y sabe el resultado de la prueba antes de aplicarla. Así es. En este exacto momento, Dios ya sabe quien pasará la prueba, quien no, quien irá al Cielo y quien al Infierno. ¿Qué cristiano osaría afirmar que Dios no sabía el resultado del macabro y sádico test que hizo con Abraham, cuando lo mandó sacrificar a su hijo Isaac?

Parpadeando como el letrero de neón de un casino de Las Vegas, dos palabras saltan a los ojos de quien, libre de sesgo religioso, reflexiona sobre la concepción de Dios enseñada por muchas religiones: infantilidad y sadismo. Dios cría a los seres humanos diferentes unos de otros, sin embargo ignora sus diferencias y de todos espera sumisión incondicional, castigando a los que no concuerdan con lo que sobre él es enseñado. ¿En qué un dios así difiere de dictadores y tiranos?

Al que todo apunta, Dios está un poco cansado de su imagen pública milenaria de viejo rabioso de barba blanca. Por ello, para darle una mejorada, contrató la ayuda profesional de relaciones públicas especializadas: pastores neopentecostales. La estrategia consiste en hacer a los fieles olvidar que Yahveh, el dios malhumorado e implacable, que mataba y mandaba matar hasta niños, y Jesús, el dios al que le gustaban niños, son la misma divinidad. El rabioso Yahveh es dios solo de los judíos. El dios de los cristianos es otro, completamente diferente: Jesús, la divinidad camarada, traedora de cura y fortuna.

Y por hablar en implacable, hay quien afirme que se volvió ateo tras leer la Biblia con atención. En una rueda de prensa con ocasión del lanzamiento de la película *Éxodo: Dioses y Reyes*, de Ridley Scott, así se refirió el actor Christian Bale a su personaje Moisés: “Pienso que ese hombre era esquizofrénico y fue uno de los individuos más bárbaros sobre quien he leído en mi vida”. Dios hablaba con Moisés directamente y casi todo lo que la figura más importante de la Biblia decía, especialmente las órdenes para destruir ciudades enteras, exterminando a todos sus habitantes, lo que incluía a niños, comenzaba con un amedrentador “Así dice el Señor”.

Demos a alguien que nunca haya oído hablar de la Biblia el capítulo 28 de Deuteronomio de leer y seguramente pensará que se trata del guión de una película de terror. Bajo inspiración divina, Moisés enumera las maldiciones con que Yahveh promete castigar a su pueblo, en caso de que este ose “no cumplir fielmente todos sus mandamientos”:

El Señor te infestará de plagas, hasta acabar contigo en la tierra [...]. El Señor te castigará con epidemias mortales, fiebres malignas e inflamaciones, con calor sofocante y sequía, y con plagas y pestes sobre tus cultivos. Te hostigará hasta que perezcas [...]. El Señor te afligirá con tumores y úlceras, como las de Egipto, y con sarna y comezón, y no podrás sanar. El Señor te hará sufrir de locura, ceguera y delirio [...]. El Señor te herirá en las rodillas y en las piernas, y con llagas malignas e incurables que te cubrirán todo el cuerpo, desde la planta del pie hasta la coronilla [...]. Todas estas maldiciones caerán sobre ti. Te perseguirán y te alcanzarán hasta destruirte [...]. Acabarás comiéndote el fruto de tu vientre, ¡la carne misma de los hijos y las hijas! [...] [Al Señor] le agradará arruinarlo y destruirlo.

A propósito, ¿por qué la Biblia insiste tanto en subrayar la bondad de Dios? Si no contuviera pasajes del tipo “Den gracias al Señor, porque él es bueno” (Salmos 107:1), ¿será que al final de su lectura concluiríamos que la divinidad bíblica es bondadosa?

Lea el **resto** del libro.